





**VÁYANSE
A CASA,
AQUÍ NO
HAY NADA
QUE VER**



**VÁYANSE
A CASA,
AQUÍ NO
HAY NADA
QUE VER**

**SERGIO ALBARRACÍN
ELPHOMEGA**

à

BANDAÀPARTE
NARRATIVA

Tercera edición, diciembre 2018
Segunda edición, abril 2014
Primera edición, octubre 2013

© Sergio Albarracín
© Ilustraciones interior cubierta: Sergio Albarracín
© Diseño de cubierta: Pedro Peinado
© Bandaàparte Editores

Edición de Antonio de Egipto y Marga Suárez

Bandaàparte Editores
www.bandaaparteeditores.com

ISBN 978-84-940439-4-9
Depósito Legal CO-1682-2013

Este libro está bajo Licencia Creative Commons



Reconocimiento - NoComercial - SinObraDerivada (by-nc-nd):
No se permite un uso comercial de la obra original
ni la generación de obras derivadas.

+info: www.es.creativecommons.org

Impresión: Gráficas La Paz. www.graficaslapaz.com

El papel empleado para la impresión de este libro proviene
de bosques gestionados de manera responsable, desde el
punto de vista medioambiental, económico y social.

Impreso en España

*Existe un mundo rojo y furioso. Allí suceden cosas rojas.
El mundo se come a tu mujer. Se come a tus amigos.
Se come todo lo que te hace humano.
Y te conviertes en un monstruo.
Y el mundo continúa comiendo.*

Alan Moore, Swamp Thing

*A veces el hombre que parece más feliz,
el de la sonrisa más ancha, es quien
lleva la mayor carga de pecado.*

Ray Bradbury, Something Wicked This Way Comes



EL REPARTIDOR

Entré a trabajar en el HOTEL EL PALMERAL recién cumplidos los dieciocho y dos semanas después de saber que me libraría de hacer el servicio militar. Llegaba a las 7:45 a la piscina. Medía el pH del agua y anotaba el resultado en un libro de cuentas que guardaba en el cuarto de la limpieza. Luego dejaba todo listo en el bar. A las 8:00 abría el portón de la entrada principal.

Me pasaba la mayor parte del tiempo chapurreando inglés detrás de la barra y colocando en su sitio las hamacas. De 14:00 a 15:00 almorzaba en el bufé. Un camarero me sustituía. A la hora de cierre –cuando los últimos rayos de sol apenas acariciaban el agua, y todos los clientes habían vuelto a sus apartamentos para darse una ducha antes de salir a cenar o a bailar– echaba el portón. Barría y fregaba el suelo. Reponía las bolsas de las dos papeleras. Volvía a recolocar las hamacas. Pasaba el recogehojas y el limpiafondos y cloraba el agua de la piscina. Hacía la caja del bar. Salía, tiraba la basura al bidón y volvía a cerrar el portón.

Entonces regresaba a casa.

Cenaba y caía rendido en la cama a la misma hora en la que todos mis amigos se estaban arreglando para salir. En eso consistía mi vida ese tórrido mes de junio que cumplí dieciocho años.

Martes

Aquella mañana despertamos con la noticia de que habían encontrado el cuerpo de la niña dentro de una caldera en la antigua fábrica de abonos, junto a la desembocadura del río.

Seis años. Seis días desaparecida.

Esa semana —en la que parecía que todo el mundo tenía un dato revelador que aportar—, el *Diario de la Costa* se hizo eco del rumor más extendido. Los vecinos aseguraban que un furgón había estado, durante demasiado tiempo y de manera muy sospechosa, merodeando la zona donde había desaparecido Inmaculada (que era como se llamaba la cría). Después, alguien relataría haber tenido un altercado con el conductor de una furgoneta de reparto que había molestado a su sobrina de siete años. Una furgoneta de helados de la casa MAIKEY, estampada con la imagen del Producto Novedad de aquel verano: EL COHETE DE CHICLE DE FRESA.

En teoría, debía ser uno idéntico a los que Emilio iba descargando en cajas con la carretilla.

—¿Qué pasa, niño?

—Pues aquí estamos.

—Hoy tienes la piscina de bote en bote —Emilio se estiró el cuello del recio polo bordado con el logo azul de MAIKEY, hinchó los carrillos y sopló bajo la tela como si estuviera apagando las velas de una tarta de cumpleaños—. ¡Qué alegría!... Bueno. Aquí tienes, ¿puedes tú?

—Sí, déjalo. Lo meto yo.

—Vale. Pues fírmame y listo. El martes que viene me paso y si de pronto te quedaras sin algo, me llamas, ¿eh? —dijo mientras sacaba el talonario de albaranes y hacía aquello que yo no podía soportar—. Sabes que hay algunos del expositor que ahora mismo no tenemos, y acuérdate de llamarme a mí,

que yo hablo con el almacén como lo venimos haciendo, ¿de acuerdo? Tú pasa por mí que si no te lían...

Otra vez. Lo hizo disimuladamente, como si la cosa no fuera con él. Se me revolvió el estómago.

Firmé el albarán y nos estrechamos la mano. Me sonrió. Noté que tenía unas uñas largas y los dientes apiñados y ocres por culpa del tabaco.

–Venga, tira por la sombra –me dijo mientras se marchaba empujando la carretilla.

Empecé a arrojar los helados al congelador y me di cuenta de que se giraba antes de salir por la puerta de servicio. Se dio la vuelta para mirar una última vez a la niña que correteaba despreocupada bordeando la piscina.

No. No me gustaba cómo Emilio miraba a las niñas.

Mierda.

El repartidor de helados miraba a las crías de una forma que no me parecía normal.

Cuando me quedé solo, cerré el portón y me tumbé en una de las hamacas. Sabía que cualquier camarero se prestaría a echarme una mano en el bar cuando lo necesitara (con tal de cambiar de aires o poder admirar en bikini a la última cliente que estuviera causando sensación por los pasillos); pero, aun así, me entraron ganas de suicidarme cuando pensé que todo el verano podía ser como aquel día.

Hice acopio de fuerzas y vacié las dos papeleras, y volví a recolocar las hamacas, y pasé el recogehojas y el limpiafondos, y también desatoré de pelos y porquería uno de los sumideros sobre el que se había formado un charco enorme. Después, me asomé al borde de la piscina y vertí el cloro como me había dicho el de mantenimiento.

Y observé.

Los gránulos se fueron hundiendo y diluyendo en el agua muy lentamente, en una secuencia hipnótica que no podía dejar de mirar. Vi figuras oscilando en el líquido y luego siluetas de personas y escenarios que se abrían ante mí en el corazón de la solución en espiral.

Y a través del cloro disuelto pude ver una chica en una playa...